

*El final del camino*¹

Por Ricardo Torres Medrano

Cuenta la leyenda que una vez, un reconocido maestro de Artes Marciales decidió volver a visitar un antiguo santuario que en otra época supo albergar a otros grandes maestros que hasta hoy, son recordados con orgullo y veneración. Como el camino era largo y difícil, solicitó a algunos de sus discípulos más confiables que lo acompañaran durante la travesía. Luego de un tiempo, sólo tres de ellos aceptaron viajar junto al maestro.

La travesía duraría alrededor de tres semanas. Pero no era sólo cuestión de tiempo; significaba además, atravesar bosques, ríos e incluso cruzar un ancho mar. Posteriormente, luego de realizados todos los preparativos y evaluado los costos del viaje, el maestro y sus discípulos emprendieron la tan anhelada marcha.

Sin embargo y para cumplir con ese objetivo, tendrían que padecer hambre y frío en no pocas ocasiones. Pero la determinación de los viajeros permitiría superar sin inconvenientes todas las adversidades. Por otro lado, la travesía también era una excusa para confraternizar y entablar largas y profundas conversaciones de carácter filosófico. Indudablemente, se conocían entre sí pero en esa ocasión tendrían tiempo para hablar y conocerse aún más y mejor.

Además, tenían que arribar a una Prefectura, de las tantas que hay en el Japón pero no podían llegar ni cualquier día, ni a cualquier hora. La travesía requería también una planificación pormenorizada ya que además de visitar el antiguo santuario, los viajeros anhelaban encontrarse con otro célebre maestro, de quien seguramente recibirían conocimientos para mejorar sus cualidades técnicas.

Lo cierto es que cuando llegaron a esa Prefectura y no obstante estar muy cansados, continuaron caminando sin dudar. Al rato, se encontraron frente a un bosque y decidieron dedicar algunos minutos al almuerzo y al descanso, previos a las actividades programadas para aquel día. Y así fue. Tuvieron tiempo para comer en un descampado y hasta para meditar algunos minutos antes de la llegada del célebre maestro quien hacia el atardecer, transmitiría su sabiduría. A su vez y luego de culminada la meditación, sólo restaba atravesar el pequeño bosque para finalmente contemplar el santuario. Así pues, emprendieron la última caminata sorteando piedras y charcos de agua para no ensuciar sus calzados.

¹ Texto preparado para la ceremonia de tablas correspondiente al 20 de Agosto de 2016, en la Unión Argentina de Artes de Aikido (Mar del Plata - ARGENTINA).

Y de pronto en medio del frondoso bosque apareció el antiguo santuario, rodeado por un halo de mágicas leyendas y espíritus curiosos. Entonces, había que llegar hasta él; hacer un último esfuerzo para caminar los pasos necesarios y contemplar la Historia hecha reliquia. Pero justo en ese momento, uno de los discípulos se detuvo. No quería avanzar pues quizás, veía cierto peligro frente a sí mismo. ¿Qué le pasaba? ¿Era meramente fatiga luego de tan ardua travesía? ¿Había un temor real o quizás era sólo tristeza?

Sin hablar, los viajeros comprendieron que el antiguo santuario significaba “el final del camino”, luego del cual ya no había nada más. Era pues el fin. Y verdaderamente, aquel discípulo sintió el ‘vacío’ del que tantas veces habían hablado en las prácticas pero con la diferencia de que en ese preciso momento por primera vez, lo experimentaba de manera indubitable.

¿Entonces, qué quedaba por hacer si realmente era el final? En ese ínterin, llegó el célebre maestro para dictar sus enseñanzas. Inmediatamente, los viajeros se dispusieron a prestar atención durante toda la exposición que duró varios minutos, hasta que luego el experto decidió finalizarla.

Ya era tarde y había caído la noche. El frío comenzó a sentirse nuevamente. No había nada más que hacer, sino volver, por sobre los mismos pasos de la ida. Dicho en otras palabras, estaban por volver nuevamente al punto de partida. “¿Pero cuál es el mensaje en esta travesía?”. Se preguntaba el discípulo en silencio. “¿Y cuál es su sentido?”. Cavilaba. Tal vez cueste entenderlo porque no es fácil responder estas preguntas. No obstante, todos optaron por el silencio para que la meditación brindara una verdad superior que quizás, permitiría comprender la experiencia vivida e incluso llegar a saber qué hacer desde ahora en adelante.

Probablemente, frente a un camino desconocido la diferencia con el regreso es la conciencia de lo vivido que aún no existe al momento de la ida. Ir y volver son similares pero con la diferencia de que la vuelta es más rica porque permite mejorar lo no realizado durante la ida. Análogamente y como en este relato, tal vez hoy nos encontremos frente al final del camino, con incertidumbre y hasta con una rara impresión de vacío, como le sucedió a aquel discípulo.

Sea como fuere y luego de un cálido te reparador, el maestro y sus discípulos finalmente emprendieron el regreso con sentimientos de paz y satisfacción. Habían llegado al antiguo santuario y hasta el final del camino. Pero eso significaba la conciencia de todo lo aprehendido que también permitiría volver a empezar cada día, una vez más.

La Plata, 20 de Agosto de 2016.